

CULTURA

ENTREVISTA CON ALAN PAULS

“La frivolidad es muy interesante”

El escritor acaba de publicar “Historia del pelo”, la segunda parte de una trilogía que empezó con “Historia del llanto” y seguirá con “Historia del dinero”, y cuyo marco histórico son los años 70 en la Argentina. Aquí, Pauls habla de este libro pero también de su método de trabajo y del origen de sus ficciones: “Al final de la adolescencia uno acopia una colección de escenas, y después ése es el capital con el que tira”, declara.

Por Analía Hounie



Pasado y presente. Con la novela El pasado (que fue llevada al cine) ganó el Premio Heralde en 2003. Luego de ese libro voluminoso, empezó esta trilogía de nouvelles.

—Cuál fue el impulso inicial de esta trilogía?

—Tenía ganas, desde hace mucho tiempo, de trabajar con la década del setenta en la Argentina, una época que me había atraído siempre pero, al mismo tiempo, tan cargada de escrituras y de significados y tan eclipsada por las lecturas que se han hecho de ella, que era difícil de abordar sin repetir lo ya dicho. Hay una especie de historia oficial de aquellos años, ¿no? Y dando vueltas sobre el asunto, encontré la vía de acceso a un período histórico muy con mayúscula por una suerte de diagonal, a través de elementos muy mínimos, lo que yo llamo “tres fósiles de los 70”: el llanto, el pelo y el dinero. Y alrededor de esos tres signos arbitrarios y caprichosos, inmediatamente se me armó un proyecto literario, digamos: la idea general de articular intimidad y política sin ningún tipo de mediación. La formación de la sensibilidad, de la imagen y de la economía de los años 70 son, creo, los verdaderos temas de esta trilogía.

—El pelo, además de ser la pesadilla frívola del narrador, adquiere en la novela un valor político a partir de la aparición de la peluca que usó Norma Arrostito para secuestrar a Aramburu. ¿Tu intención fue producir un pensamiento serio sobre la frivolidad?

—Sí, tomarme en serio la frivolidad cuando siempre se la ha tomado de un modo frívolo, ¿no? Para mí, la frivolidad tiene algo muy interesante que es del orden del exceso, del orden del vacío y del orden del suplemento; lo que está de más, lo que reemplaza a otra cosa. Y en la novela, la peluca sintetiza todas las dimensiones interesantes que puede tener la cuestión de la frivolidad. La peluca es una prótesis, es algo que se usa para embellecer, para disimular, para disfrazar, es una especie de artificio que está siempre en el lugar de otra cosa. Y todas esas funciones que cumple una peluca, un objeto frívolo por excelencia, son funciones absolutamente profundas. Me interesó, entonces, esa situación relativamente paradójica de una guerrillera, quizá la más celebre de la historia de la lucha armada argentina, que para secuestrar al enemigo público número uno del movimiento montonero; es decir, para llevar a

cabo la operación político-militar más importante de la historia contemporánea argentina, compra una peluca en un negocio de Montevideo y Arenales, en pleno Barrio Norte. Me parece que hay algo ahí que merece ser interrogado. Hasta qué punto en la cabeza de Arrostito la peluca sigue siendo una prótesis frívola o un tema de conversación entre señoras en la peluquería. Hasta qué punto lo que llamamos frivolidad es en verdad de un orden más bien inquietante del cual surgen efectos que no tienen nada que ver con la frivolidad.

—A propósito de la puesta en tensión entre la vivencia y la invención que despliegan tus libros, ¿cómo trabajás con la experiencia y contra ella al mismo tiempo?

—Elijo ciertas escenas; o sea, coágulos de experiencias que ya están de algún modo estetizados en mi vida, que ya han sido tan trabajados por la propia imaginación, por el propio recuerdo, por los relatos de los demás, que son como pedazos de guiones o de novelas. Que no son necesariamente cosas muy importantes, a veces son cosas completamente mínimas. En general, lo que hago es cosechar algunas de esas cositas y expandirlas, tomarlas como si fueran pistas para un relato más grande que en alguna parte está escondido. Y muy rápidamente esas escenas dejan de ser parte de mi experiencia personal y se convierten en un material susceptible de cualquier tipo de operación, y ahí se vuelven medio irreconocibles. Pero son cosas que vuelven, que se repiten, porque en general son momentos de experiencia muy enigmáticos, no se ofrecen del todo a la interpretación. Creo que al final de la adolescencia, uno acopia esta colección de escenas y después, medio es el capital con el que uno tira (risas).

—¿Los escritores reconstruyen infancias novelescas o infancias poéticas arregladas, y a veces inexactas?

—Sí. Me interesa el modo en que inventamos infancias y el pasado en general. Quiero decir: no le atribuyo a la infancia ningún valor en particular. No creo que allí esté la verdad ni el origen ni el secreto de nada. En ese sentido, soy antifreudiano. Pero sí me interesa la infancia como la ficción por excelencia, el teatro de la invención. De todos modos, uno de los principios de estas novelitas es que no están ancladas en ninguna etapa del héroe. Su lógica es una lógica de vaivén temporal incesante. No me atraen esas ficciones en las que todo es visto a través de los ojos del niño, porque en general apuestan a la inocencia, a una cierta idea del no saber, de la novedad del mundo. Y fatalmente tienden a postular que hay una verdad en la inocencia de la mirada. En cambio acá, la mirada sobre las cosas nunca está asociada con una edad en particular, más bien se va desplazando todo el tiempo, de época en época, y es una mirada muy retrospectiva también, sabiendo que lo que va encontrar probablemente no sea nunca la verdad, ni el sentido último, ni nada.

<http://www.diarioperfil.com.ar/edimp/0456/articulo.php?art=20753&ed=0456>